

WIFREDO RINCÓN GARCÍA

La privilegiada situación geográfica de Calatayud, a mitad de camino entre el valle del Ebro y la meseta castellana, ha favorecido sin lugar a dudas la presencia en esta ciudad, desde antiguo, de muchos de los viajeros que recorrieron, por uno u otro motivo, la Península Ibérica.

Aunque Estrabón, en el libro III de su *Geografía* –escrito entre los años 29 y 7 a. de J.C.– menciona a Bílbilis junto a Segóbriga, como «ciudades de los celtíberos», tiene para nosotros mayor interés la descripción que de Calatayud, poco después de la reconquista cristiana, hace el ceutí Abu-Abd-Alla Mohamed-Al-Edrisi en su *Descripción de España*, concluida en 1154 y escrita para Rogelio II de Sicilia: «Calatayud es una villa considerable, fuerte y bien defendida, cuyo territorio está plantado de muchos árboles y produce muy buenos frutos. Fuentes numerosas y arroyos fertilizan la comarca, donde se puede adquirir todo muy barato. Fabrica loza dorada, que se exporta a lo lejos».

Entre los años 1465 y 1467 viajó por España y Portugal el noble bohemio León de Rosmithal de Baltna –cuñado del rey Jorge de Bohemia– para el que su secretario Shaschek escribió la relación de su viaje, en el que consta: «Calatayud es ciudad colocada en lugar montuoso que señorean dos castillos, y en su arrabal se ven muchas casas labradas en la misma roca, que son como cuevas». Tres décadas más tarde, el día 29 de enero de 1495 y siguiendo el valle del Jalón que «abunda en cereales, azafrán de inmejorable calidad, pilino oloroso y otros varios frutos, porque la tierra es feracísima y bien regada por el Jalon en ambas riberas», llegaba a Calatayud el alemán Jerónimo Münzer, quien la describe como «una de las mayores ciudades del reino de Aragón. Viven en ella muchos mercaderes, tiene buenos edificios, siete monasterios y recoge inmensa cantidad de aceite... de trigo, de azafrán, de gualda, etc.».



Antigua Venta del Rosario, en el camino de Calatayud hacia Ateca

Antonio de Lalaing, Señor de Montigny, escribió el *Primer Viaje de Felipe el «Hermoso» a España en 1501* y describe con gran lujo de detalles la recepción que se le hizo en Calatayud, ciudad de la que hace una breve descripción: «El jueves 20 [de octubre] fueron a dos leguas de dicho pueblo [Ateca] hospedados en la villa llamada Calatayud, donde el gobernador de Aragón y los señores de la villa salieron a su encuentro y le honraron mucho; y en la puerta toda adornada con tapices, había un alto pilar de madera y encima

un hermoso pabellón lleno de ángeles y otros personajes. Dos de cuyos ángeles, cantando cuando el archiduque se aproximó bajaron por una escalera de caracol hasta la altura de un caballo, y el uno le presentó una llave, el otro una espada, y volvieron a subir cantando en su lengua. Al entrar en la población ocho burgueses llevaron al archiduque y a su esposa bajo un palio de paño de oro, con las armas de Aragón y del archiduque; y por todas partes donde pasaban, la ciudad estaba adornada con tapices y pinturas y personajes hasta el alojamiento del rey, donde se detuvieron. Calatayud es... muy comercial y mal pavimentada, asentada al pie de una montaña la cual tiene en lo alto varios edificios de tierra destrozados y ruinosos, a manera de castillos...».

El eclesiástico portugués Gaspar de Barrerios, en su camino hacia Roma en 1542, dejará constancia del viaje en su libro *Corografía de algunos lugares*, dedicando especial atención a Bilbilis y su ubicación: «Antes de hablar de Calatayud creo ser cosa conveniente decir donde estuvo Bilbilis, patria del poeta Marcial, que todos los modernos tienen ahora falsamente creído ser de Calatayud» que argumenta ampliamente precisando su emplazamiento, a media legua. «Calatayud, es una ciudad de los mejores lugares del reino de Aragón, aunque no es episcopal, sino del obispado de Tarazona. Tiene buena comarca de pan, vino, aceite y frutas... pareciome lugar de cerca de dos mil vecinos. Dijéronme que tenía trece iglesias y siete monasterios, dos de monjas y cinco de frailes: está cercada de flacos muros de tapias».

Bartolomé Yolí, consejero y limosnero del rey de Francia que acompañó al abad general del Cister, M. Baucherate en su viaje a España entre 1603 y 1604, visitando los monasterios de su orden, escribirá en su *Viaje por España*: «... y fuimos a la villa de Calatayud, *Bilbilis*, en latín, país de Marcial, situada sobre los ríos Jalón y Jiloca. La *Vega*, que ellos llaman... es bellísima. El difunto rey Felipe II.. la estimaba como la mejor de España, comparándola por su pequeñez a un plato de ensalada de hierbas escogidas. Hay en la ciudad veinticinco, tanto iglesias

como monasterios. Hay allí dentro muchas personas de calidad y hermosas fuentes recogidas en piscinas, lavaderos y abrevaderos cómodos a la población...». Pocos años más tarde, el día 17 de febrero de 1611 llegó a Calatayud el cosmógrafo lisboeta Juan Bautista Labaña, preparando su *Itinerario del Reino de Aragón* por encargo de los Diputados del Reino, proporcionándonos una importante descripción de la ciudad, de la que precisa su fundación en el año 758 por Ayub Abobalid, del que recibió el nombre. También menciona sus cinco castillos y su reconquista por Alfonso I el Batallador en 1120 y la ubicación del nuevo enclave urbano, en el llano «Por la aspereza del sitio donde estan los castillos y estuvo antiguamente la población». Enumera los templos de la ciudad, con sus tres iglesias colegiales, Santa María –de la que destaca su portada– Nuestra Señora de la Peña y el Santo Sepulcro, cuya «iglesia nueva es de fábrica», además de otras parroquias, monasterios de frailes y de religiosas. Menciona también la Casa de la Ciudad que dice es «buena» y una fuente de diez caños muy gruesos de buena agua. También describe las ruinas de Bílbilis.



Ruinas de Bílbilis, según apunte de Juan Bautista Labaña, tomado del natural el día 21 de febrero de 1611

Curiosa es la descripción que de Calatayud hace un viajero anónimo en 1660, destacando la topografía y un interesante retrato de sus gentes: «Esta ciudad está situada al pie de una montaña y tiene un valle muy hermoso y un agradable llano al otro lado... Los aragoneses reciben mejor a los extranjeros que los castellanos, y como están en mejor posición se toman más trabajo en arreglarse, principalmente las mujeres que están bastante bien formadas. En ese comienzo de Aragón esa ciudad está bastante poblada y es grande; los alrededores son muy hermosos y bien plantados de moreras y olivos». En 1672 publicará A. Jouvin su obra *El viajero de Europa*, en cuyo volumen II, en el que se ocupa de España, dice: «Calatayud es una de las hermosas ciudades de Aragón, situada a orillas del río Jalón, al pie de una alta montaña de la que hay una roca separada, donde está un castillo, grande y muy fuerte, que domina todos los alrededores de la ciudad, que es bellísima, teniendo sus calles rectas, que van a dar a la plaza Mayor, donde están varios ricos mercaderes; la de la Platería es una de las más grandes y de las mejor construidas. Santa María y El Sepulcro son las dos iglesias más hermosas de la ciudad...».

El abate Antonio Ponz, Secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en el tomo XIII de su *Viaje de España*, que publicó en 1785, describe Calatayud haciendo especial hincapié en sus edificios religiosos, particularmente las colegiatas del Santo Sepulcro y de Santa María y citando también otras parroquias



José Borobio, *Maluenda*, c. 1930

y conventos. Concluye: «Ha sido patria de personas esclarecidas en todas clases... Las casas y calles son bastante cómodas, y también lo son tres puentes sobre el río, cuyas aguas celebra Plinio, como excelentes para el temple de las armas».

Para concluir, mencionaremos a algunos viajeros del siglo XIX. Alexandro Laborde, en su *Itinerario*, publicado en 1809, después de precisar datos históricos y geográficos describe con detalle la Colegiata del Santo Sepulcro. En diciembre de 1838, durante la Primera Guerra Carlista llegó a Calatayud Gustave D´Alaux quien, en su obra *L´Aragon pendant la guerra civile* (1846) nos dará una visión romántica: «se encuentran dos ciudades bien diferenciadas: la que se extiende al pie de un barranco, luciendo sus ruinas romanas y godas, así como la loza coloreada de sus esbeltos minaretes que destellan al sol, y la que se halla excavada en la roca misma del barranco. Pocos detalles salidos de la mano del hombre diferencian a esta última de un simple conjunto de madrigueras: salientes de roca a guisa de tejados, burdos revestidos de albañilería como fachadas, senderos angostos que serpentean entre las chozas como huellas de gusano sobre el fango húmedo». Esta misma visión romántica nos proporciona el libro *España*, del Barón Charles Davillier, ilustrado por Gustavo Doré y publicado en 1870. Después de describir sus calles y algunos de sus edificios, señala: «pero lo mas curioso de Calatayud es la *Moreria*, el viejo barrio de los moros, que ocupa muchos de los montículos que rodean la villa y en los que se excavan cuevas, como en



Barrio de la Morería, en Calatayud (grabado de Gustavo Doré, pub. en 1870)



Ateca. Posada construida en 1791

el *Sacro-Monte* de Granada. Nada habíamos visto tan miserable como este barrio... Estas cuevas, de una sola pieza, son tan malsanas que el humo no tiene otra salida que la puerta...». Una ilustración de Doré completa esta descripción.

Calatayud, en su privilegiada situación, sigue siendo, y lo será, objeto de la atención de los nuevos viajeros que redactarán crónicas viajeras.

## Bibliografía

GARCÍA MERCADAL, José: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Editorial Aguilar, Vol. I, Madrid, 1952 y Vol. II, Madrid, 1959.

PONZ, Antonio: *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que bay en ella...*, T. XIII, Madrid, 1785.

RINCÓN GARCÍA, Wifredo: «Aspectos artísticos de Calatayud en los libros de viaje», *IV Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, Institución «Fernando el Católico», Calatayud, 1997, pp. 359-372.

